

nos hacernos una serie de preguntas mayores aplicadas a la visión general de la época. Un personaje como el de doña Irene, la viuda rica venida a menos, que no ve «otra salida» que la de casar a su hija con un anciano hacendado, vale por centenares de dramas. Muchos de los futuros problemas del teatro burgués —la eterna necesidad de guardar las apariencias— están perfectamente apuntados en los seudopiadosos discursos de la viuda, a través de los cuales se manejan todo tipo de retóricas genealógicas y máximas morales sin otro fin que participar en la hacienda —y el respeto social que ella comporta— del viejo don Diego, a quien quiere por yerno.

Lo válido, por otra parte, es que todo este cuadro de comportamientos se manifiesta a través de unos personajes llenos de vitalidad. Destacamos justamente aquí el buen trabajo del director Miguel Narros y de los actores Guillermo Marín, Javier Loyola, Ana Belén, Luchy Soto, Montserrat, Noé, Francisco Vidal y Juan Sala. La mayor parte de ellos consigue armonizar lo que hay de «juegos», de convención, en la obra, con el sustento real del conflicto.

Justo es, sin embargo, subrayar la especial calidad del trabajo de Ana Belén, la intérprete de la joven «doña Paquita» (en el original, «doña Francisca»), que, en mi modesta opinión, da en «El sí de las niñas» un paso decisivo en su carrera. En otras ocasiones —y es preciso recordar su Inés del «Tenorio»—, bien fuere por inexperiencia, bien por disparidad estilística respecto de los actores tradicionales a cuyo lado trabajaba, su labor solió ser una mezcla de posibilidades y de limitaciones. Esta vez no ocurre así. De un lado, la experiencia es mayor, y de otro funciona muy bien en el equilibrio de la obra, en las significaciones de su personaje, su superior vitalidad, su mayor frescura y emotividad. Para mí, la Ana Belén de «El sí de las niñas» recordaba a María Jesús Valdés, aquella joven y espléndida actriz que —cosas que pasan— dejó el escenario para casarse. Declaro aquí mi interés y mi esperanza por lo que Ana Belén pueda hacer en un inmediato futuro.

En resumen: una reposición bien traída, y una ocasión para mí de hablar de este espectáculo del Español, no juzgado, por concurrir con otros

títulos, a raíz del estreno. La reserva que podría hacerse al academicismo, al tono complaciente, a la no historización, de «El sí de las niñas» es difícil de precisar, porque corresponde a toda la política cultural del teatro Español y a las directrices generales del teatro oficial. Y lo que es justo decir en una crítica general de esa política quizá no lo sea del todo hablando de su mejor espectáculo de una larga temporada. ■ JOSE MONLEON

CANCION

Reencuentro con Atahualpa Yupanqui

«Tengo tantos hermanos que no los puedo contar, y una novia muy hermosa que se llama libertad».

Nuevo recital de Atahualpa Yupanqui en Madrid. Otra



En la Zarzuela.

vez la sala llena —la inmensa Zarzuela— para escuchar al poeta, músico y cantante. Otra vez, bajo los formalismos de un recital, la esperanza en muchos espectadores de ir «descubriendo» aquel fabuloso Atahualpa, cuyas canciones de protesta fueron secretamente populares hace algunos años.

Atahualpa no prometía ningún programa concreto. En su lugar declaraba que «prefero cantar lo que el corazón me dicte», lo que, al menos en teoría, hacia de los espectadores los verdaderos directores del recital. De nuestra atención y nuestros aplausos dependía, en efecto, que Atahualpa, dentro de ciertos límites preestablecidos, insistiese en unos temas o en otros. «Quiera Dios que me rodee un público afecto al intimismo, porque entonces yo podré decir mejor mis cosas», aventuraba. Y el público cumplió, porque Yupanqui fue pasando, poco a poco, de concertista a cantante y de cantante a confidente. De la preciosista y brillante interpretación a guitarra de melodías populares saltó a los temas líricos y a alguna que otra canción decididamente convencional, como ésa sobre el corazón argentino y el caminito español que cerró la primera parte. Luego, tras el corto descanso, el recital subía inmediata-

mente de tono y el público se iba entregando progresivamente a los nuevos textos y canciones de Atahualpa. El lirismo exuberante y un tanto peligroso de muchas de sus canciones iba siendo absorbido por la actitud cada vez más confidencial del artista y por la raíz crítica de los temas abordados. Atahualpa era, cada vez más, un hombre solitario y solidario, que nos remitía, mediante un proceso artístico creador, a los problemas y acentos de las clases populares de su tierra. De hecho —como ocurre con el buen cantante—, Atahualpa no era sino el catalizador individual y sensible de una realidad establecida, la mirada que ve y ordena, literaria y melódicamente, una problemática colectiva. Protagonista y testigo, sus mejores canciones dejaban de ser el resultado de una emoción individual, para ser la resonancia de un paisaje, unos personajes, una sociedad. De la «nana» a la burla de los «poetas» que hablan de la luna y olvidan las cosas de la tierra, pasando por el tema del «silencio» del pobre indio o la injusticia de que muchos campos pertenezcan «a quien no los sabe sembrar», todo contribuía a ir configurando una realidad, de la que Atahualpa sólo era su privilegiado intérprete. Los textos se recortaban, se ha-

En la muerte de Bertrand Russell

Un poco más solos

En 1914, al ser movilizado, dijo no, la guerra no pasará. Pasó. En 1927 dijo no, la hipócrita moral victoriana no pasará. Pasó. En 1954 dijo no, la bomba atómica no pasará. Pasó. En 1963 dijo no, la bota gigante norteamericana en Vietnam no pasará. Pasó. En 1968 dijo no, la bota gigante soviética en Checoslovaquia no pasará. Pasó. En diciembre de 1969 dijo no, la liquidación profesional de Soljenitsyn no pasará. Pasó...

Encarnó toda la esperanza, toda la noble rebeldía, toda la sed de libertad, de saber y de justicia que dormitan en el corazón del hombre. De su primera pasión por las matemáticas conservó siempre la extraña idea de que dos y dos son cuatro, pese a que los políticos venían demostrando fehacientemente lo contrario. Del pedestal glorioso de la meditación filosófica bajó humildemente al periodismo nuestro de cada día, y, viejo y enfermo, no vaciló a la hora de echarse a la calle para defender con los jóvenes una cierta idea del hombre. «Es un viejo lo-

co...». El eterno reflejo conservador, apoyado por una suficiente sonrisa irónica, funcionó automáticamente. Sí, era un viejo loco.

El viejo loco escribió con cuarenta años de anticipación un libro de moral sexual («Mortgage and Merals») que cualquier niño escribe ahora creyendo que está descubriendo la pólvora. Si la sociedad británica de los años treinta hubiera hecho un mínimo de caso al viejo loco, se habría evitado la brutal ruptura entre el falso mundo puritano y el nuevo, ruptura que, naturalmente, el viejo loco veía venir. Si al viejo loco se le hubiera escuchado sólo un poco, más de medio mundo hambriento se estaría alimentando ahora de calorías y cultura, y no de chatarra, de muerte.

Se fue el viejo loco, llevándose intacta su locura. Se ha serenado, al fin, su cabeza de pájaro asombrado. Y, como en aquel negro día de invierno que se llevó a Camus, nos hemos quedado un poco más solos. ■ PABLO DE LA HIGUERA.